

ni equivalencia. No, Casusito, no: han sido esos *Tristes recuerdos* suyos, que se me han metido en los oídos y no se me despegan.

D. VALENTÍN.—Eso lo que prueba es la dulzura de la melodía, que penetra en el corazón como rocío celestial, como... como... En cuanto á las seis botellas, conste y sea testigo el respetable público de la ofensa que se me hace, de la imputación calumniosa... Soy yo demasiado amigo de nuestro digno anfitrión, el doctor Soto, para atacar de tan siniestro modo sus harto mermados intereses en confabulación indigna con el dueño del *Manchester*.

GABINITO.—¡Chist, chist! Que aquí no hay paredes, pero todo se oye.

D. VALENTÍN (*bajando la voz*).—Además, la mayor amistad y el entrañable afecto, la gratitud diré también, que me unen y me unirán de por vida con mi estómago, obliganme á tratarle con más consideración que esta señora princesa etíope, con música de Verdi, se permite suponer.

AIDA.—Ahora sí que me río... ¡Já, já, já!

RÓMULO.—Tiene razón Casuso. Pero, advierta que si manos blancas... etcétera, tampoco lenguas femeninas ofenden.

D. VALENTÍN (*rendido*).—Y menos esa lengüecita rosada de picaflor. Por desagraviado me doy, y rindo mis armas (*baja la guitarra á los pies de Aida*).

AIDA.—Perdonado queda el alegre Casuso, pero con la prohibición de que nos vuelva á entristecer con sus *Recuerdos*. Guárdelos para sí y para sus noches de insomnio, y no nos llene la cabeza con sus notas que chorrean miel y goma arábica... ¿Ven ustedes? Ya me está sonando: tararí, tarará...

D. VALENTÍN.—¡Eso, eso! Tarará, tararí (*toca en la guitarra*).

Todos, menos RÓMULO.—¡Huyamos! (*dispersión general*).

#### ESCENA VI

D. VALENTÍN.—RÓMULO

RÓMULO.—Me alegro. Ha escogido usted el mejor argumento que podía encontrarse.

para ahuyentarles y quedarnos solos, de modo que hablemos sin centinelas de vista, y yo rabio porque usted me cuente... Es tal mi impaciencia, que no podría aguantarme hasta el hotel. Ya le vi á usted con ella desde arriba: por cierto que parecían los dos, usted de negro y ella de blanco, una paloma y un cuervo: el cuervo aleteando en torno de la paloma y ésta, medrosa, defendiéndose sólo con su inocencia.

D. VALENTÍN.—Pues no hay tal inocencia ni tales palomas. Estas palomas vestidas á la moda de París saben más que una bandada de cuervos, y á este servidor son capaces de engañarle como á un infeliz *chingolo*.

RÓMULO (*receloso*). — ¿Le ha engañado á usted?

D. VALENTÍN.—No me ha engañado; pero si me descuido me la da con queso.

RÓMULO.—Quedamos, entonces, en que ni le engañó ni se la ha dado. Adelante.

D. VALENTÍN.—Adelante... (*señalando al faro*). ¿Ve usted ese faro, erguido, soberbio, cubierto de acero como un guerrero de la

Edad Media... (*declamando*), de los navegantes guía, de los náufragos consuelo, gigante bienhechor que sobre la abrupta costa se empina y hace llamear su antorcha en el seno de la noche, iluminando los negros abismos, las traidoras sirtes, los peligrosos escollos?... Bueno, pues figúrese usted que en vez de faro sea fortaleza, fortaleza desgarnecida, sin ballesteros las almenas, los fosos cubiertos, echado el puente levadizo...

RÓMULO (*impaciente*).—Pero, ¿adónde va usted á parar con tanta maleza retórica?

D. VALENTÍN.—Aguarde usted: ya desbrozará usted lo necesario para encontrar el grano, que no es tarea tan difícil... Fortaleza que puede modernizarse poniendo soldados sin mauser donde dice ballesteros, fosos sin cañones, y todo lo demás que se sigue al estilo de la táctica de nuestros días. Porque vamos á suponer que un joven general, digno heredero de un apellido ilustre en los fastos militares argentinos, tiene cercada esta fortaleza y quiere tomarla; mas como no cuenta con amigos entre los sitia-

dos, carece de datos y noticias indispensables para no marrar el golpe. ¿Qué hace, pues, el joven general? destaca un emisario de su confianza, y el emisario, que vamos á suponer también es más vivo que una chispa, llega, entra, olisquea, observa, apunta, sale, vuelve é informa así á su jefe:—Mi general, la fortaleza está tal cual he dicho á V. E., sin armas ni defensa. Yo creo que no desea otra cosa sino entregarse. ¡A tomarla, mi general!

RÓMULO (*gozoso*).—¡A tomarla, y viva Casuso!

D. VALENTÍN.—Ya ve usted que no ha sido tan difícil encontrar el grano.

RÓMULO.—No, señor; y sobre el campo de batalla le declaro á usted benemérito de la amistad. El general vencedor, deseoso de premiar al sagaz emisario que tan grande servicio le ha prestado, se honra en otorgarle...

D. VALENTÍN (*socarrón*).—¿Una medallita?

RÓMULO (*enfático*).—Algo más práctico,

mucho más práctico... Sabe el general y le consta que el señor emisario gusta de la buena vida, de la buena ropa y de todo lo bueno, materialmente hablando, que hay en este mundo; una medalla ó un cintajo le tendría muy sin cuidado; pero un sobretodo de pieles, por ejemplo, le conmovería hasta arrancarle lágrimas... Por tanto, ordena y manda que se le haga por su cuenta un sobretodo de pieles al ciudadano D. Valentín Casuso; segundo, que todos los gastos hechos por el supradicho Casuso, mientras permanezca en Marplatina, sean imputados al infrascrito. Firmado: Pares... (*riendo*) ¿qué tal?

D. VALENTÍN (*conmovido y cuadrándose militarmente*).—¡A la orden, mi general!

#### ESCENA ÚLTIMA

Los mismos. FLORA.—MISIA LORETO.—D. NAVIGIO  
D. GABINO.—ERNESTINA.—AIDA.—GRAZIELLA  
EDELmira.—GABINITO

MISIA LORETO (*sale del cobertizo con los demás*).—Me parece que ya es hora de re-

gresar. El cielo, que ha estado muy amable con nosotros y por darnos gusto se arrebozó en sus nubes, puede divertirse á costa nuestra soltándonos un chaparrón.

EDELMIRA.—¡Ojalá! como no traemos paraguas, ni capa de goma, ni nada que nos resguarde, nos pondríamos empapaditos, y esto sería la salsa del paseo.

D. NAVIGIO.—¡Alabo su humor, Edelmira! y su poca caridad. ¿Y el reuma de estos amigos valetudinarios?

EDELMIRA.—Con unas friegas y unas bayetas calientes todo se arregla. Yo me ofrezco á dárselas.

D. NAVIGIO.—Acepto desde luego y vengan todos los chaparrones que quieran.

D. GABINO.—¿Qué dice esta loca de salsas? ¿qué mejores y más apetitosas que las que nos han servido? esas perdices trufadas, ¿estaban ó no estaban exquisitas? ¿y quién como el doctor Soto sabe convidar á lo gran señor, con una esplendidez que al mismo Schlingen y á cualquier potentado deja tamañitos? ¿digo ó no digo verdad?

VARIAS VOCES.—¡La verdad, la verdad!

D. NAVIGIO (*modestamente*).—Señores, no hay para tanto...

MISIA LORETO (*modestamente*).—Ustedes exageran.

D. GABINO.—Nada, nada, que para agasajar á los amigos, el doctor Soto y su esposa son una especialidad; ¿debemos ó no debemos reconocerlo?

VARIAS VOCES.—¡Y lo reconocemos!

GRAZIELLA.—Pero, ¿en qué hociqueos está Casuso con Pares? señoras y señores: denuncio á ustedes las sospechosas andanzas de Casuso; no ha parado en toda la tarde de secretarse, primero con Florita, después con Ernestina, ahora con Pares. ¡Que se procese á Casuso!

FLORA.—Por mi parte declaro que nada me ha hablado de misterioso.

ERNESTINA.—Ni á mí.

GABINITO.—Que se procese á Casuso y sus cómplices. Me parece haber leído en un autor francés, que como francés es de chuparse los dedos, que la negativa es primer

indicio del delito... No sé si dice primero ó segundo; pero que es indicio lo asegura. Estas señoritas niegan, y para negarlo se ponen de acuerdo, ¡pues hay delito! que venga Casuso á declarar.

D. VALENTÍN (*desentendiéndose*).—Déjeme usted en paz; que urge más mi presencia aquí que allí.

D. NAVIGIO.—Dejémosle. Sabe Dios lo que trae entre manos...

GRAZIELLA.—Alguna trapisonda. será. Donde él anda intriga tenemos.

D. VALENTÍN (*amenazándola de lejos*).—Que oigo, Grazita perversa. Ya me las pagará usted.

GABINITO (*á Flora*).—¿De modo que usted niega su largo conciliábulo con Casuso?

FLORA (*á Gabinito*).—No lo niego; lo que niego es que hayamos tratado cosa alguna de particular.

GABINITO (*á Flora*).—¿Quién se fía de ustedes las mujeres?

FLORA (*á Gabinito*).—¿Quién se fía de ustedes los hombres?

GABINITO (*aparte*).—¿A qué sabrá el arenque seco?

FLORA (*aparte*).—¡Imbécil!

AIDA (*á misia Loreto*).—Es una lástima que no subiera usted, señora. ¡Qué vista más bonita! allí arriba da ganas de volverse pájaro, y volar y volar...

MISIA LORETO (*á Aida*).—¡Buena estaría yo volando! ¿Ha visto usted una tortuga con alas? Y en cuanto á aventurarme en esa espiral con este tomo, habría sido temerario, porque quedo en ella incrustada y no me sacan ustedes ni á tres tirones, ni en tres días.

AIDA.—¡Ay qué gracia! es lo que dice Edelmira: paseo sin percance, leve, por supuesto, no parece divertido; un remojón, un porrazo, los caballos que se cansan, el coche que se atasca, la rueda que se rompe, son notas alegres y necesarias. ¿Se acuerda usted el año pasado cuando fuimos á la Laguna? aquel golpe de Manolo Guerra fué encantador. Yo estuve riéndome una semana.

MISIA LORETO.—¡Por Dios, no lo repita usted, Aida, que el diablo escucha!

D. VALENTÍN (*acercándose*).—¿Qué dice la celeste Aida?

AIDA.—Digo que en nombrando al diablo, Casuso asoma.

D. VALENTÍN.—¡Mala, mala!

RÓMULO (*á Ernestina*).—¿Va usted á regresar en la jardinera?

ERNESTINA (*á Rómulo*).—Yo, donde me coloquen; soy muy avenida y obediente. ¿Y usted?

RÓMULO.—Yo, donde usted me mande. Soy también muy obediente.

ERNESTINA.—No soy yo quién para mandarle á usted. Además, usted ha venido á caballo, y ha sido una tontería preguntárselo.

RÓMULO.—Usted no dice tonterías nunca.

ERNESTINA.—Menos cuando estoy despierta.

RÓMULO.—¿Y si yo la pidiese que me cediera un asiento á su lado en el carruaje?

ERNESTINA (*temblorosa*).—¿Dejaría usted su caballo por mí?

RÓMULO (*con entusiasmo romántico*).—¿Mi caballo? ¡y el mundo!

ERNESTINA (*bajando la voz y los ojos*).—Como usted quiera...

D. GABINO (*dando zancadas de un lado á otro*).—¿Y esos coches? ¿y esos caballos? ¿y esos cocheros? ¿nos vamos ó no nos vamos? ¡mu! ¡mu!

D. NAVIGIO.—Aquí están, amigo mío, ya acaban de enganchar.

MISIA LORETO.—Sí, sí, que enganchen de una vez, porque la lluvia y la noche se nos vienen encima.

D. NAVIGIO.—Aquí está pronta la jardinera.

GABINITO.—¿Quiénes van en la jardinera?

D. GABINO.—Los mismos que vinieron; ¿disputaremos ahora ó no disputaremos?

GABINITO.—No es por disputar, papá; es que Edelmira quiere subir al pescante.

EDELMIRA (*palmoteando*).—Sí, papá; yo en el pescante.

MISIA LORETO.—Que vaya en el pescan-

te; así nos dará ella la nota alegre ó la salsa que desea.

EDELMIRA.—Ya me guardaré yo muy bien, señora.

D. NAVIGIO.—Aquí está la volanta. ¡A ver, los de la jardinera y los de la volanta, arriba!

D. GABINO (*interponiéndose con los que suben*).—Pero, ¿quiénes son los de la jardinera y los de la volanta?

GABINITO.—Mire usted, papá: en la jardinera, Ernestina, Casuso, Florita, Grazie-lla y yo; en la volanta, misia Loreto, el doctor Soto, usted y Aida; Edelmira, en el pescante. Rómulo, á caballo.

D. GABINO.—¿Rómulo á caballo? ¿Y está en la jardinera?

RÓMULO (*asomando*).—Es que el amigo Casuso me ha pedido que le deje volver á caballo y he tenido mucho gusto en complacerle.

EDELMIRA (*riendo á carcajadas*).—¡Casuso á caballo, con el sombrerito pajizo sobre los ojos y la guitarra terciada! Él nos dará la nota alegre. ¡Viva Casuso!

D. VALENTÍN (*asombrado*).—¿Yo á caballo? ¡Virgen santísima!... (*aparte*). ¡Me voy á divertir! ¡Cómo lo ha sabido hacer el muy pillo!

TODOS (*á D. Valentín*).—¡Cuidado, Casuso, con bajarse por las orejas!

D. VALENTÍN (*montando con fingido aplomo*).—No haya cuidado, señoras y señores.

EDELMIRA (*desde el pescante*).—¡Já, já, já!

TODOS.—¡Já, já, já!

ERNESTINA y RÓMULO (*aparte*).—¡Gran día!

D. VALENTÍN (*aparte*).—¡Gran día!... á pesar de esto y de lo que en el camino puede sobrevenir.

MISIA LORETO (*aparte*).—¡Día perdido!

(*Suenan los látigos. Coches y caballero se alejan... La tarde declina. El mar murmura. Queda el faro solitario, como arrogante punto de admiración sobre la página gris del horizonte.*)